

## **Paisajes de una pasión**

**(Francisco de Paz Tante)**

Ahora que ya no podremos sentir juntos la fragancia de los pinos ni oír, cogidos de la mano, el rumor del agua en Las Navas del Marqués, quiero aferrarme a los recuerdos de este paraje que durante dos primaveras fue nuestro lugar en el mundo, el paisaje y el escenario de una pasión, al final guardada en ese lugar del alma donde vamos acumulando los sueños pendientes y las melancolías viejas.

Fue muy rápido, una de esas enfermedades fulminantes, me dijeron cuando pregunté por él, después de aquella carta de despedida en la que me hablaba de su enfermedad y me mandaba su último cuento, una historia sobre los sonidos que producen los roces del agua en las Navas del Marqués, en este entorno de árboles y granito, de exuberancia boscosa y brisas entreveradas con el olor a pino y a otros aires de la montaña.

Apenas sabíamos nada de nuestras vidas. Él me dijo que era escritor, y yo le conté que era geógrafa y daba clases en un instituto de Madrid. También nos dimos una dirección y un teléfono que apenas utilizamos, sólo para acordar el día de nuestra cita cuando estallara de nuevo la primavera en Las Navas del Marqués.

Nos encontramos durante las vacaciones de una Semana Santa, paseando, solos, junto a la fuente de los Lecheros, en el arroyo del Corcho. Luego, aquella tarde, decidimos seguir juntos en nuestra excursión por otros parajes del pueblo. Al final accedimos a la Ciudad Ducal, para conocer juntos sus jardines de ensueño, sus plantas de mil colores, el espejo de su lago y los

rumores de sus fuentes. Y aquella misma noche, en un hostel del barrio de la estación, nos amamos con la pasión y la prisa de quienes intuyen que el tiempo acecha y los sueños caducan.

Fue en aquel mismo hostel donde nos encontramos al año siguiente, con el aire ya rebosante de las fragancias de los pinos y los robles, y sintiendo a veces las brisas que traían aromas de otras frondas más altas y lejanas. De esta forma, los paisajes de Las Navas del Marqués fueron conformando una geografía emocional que nos traspasó la piel y se quedó para siempre inoculada en las capas más profundas de la memoria y del alma.

Aunque él ya no esté conmigo, quiero volver la próxima primavera a oír de nuevo el sonido del agua en estos parajes de coníferas y berrocales, el rumor del arroyo del Corcho y el de las fuentes del Valladar y El Saúco, y el bullicio de las aves que habitan por los senderos montunos de las rutas del Bosque, de la Dehesa y del Páramo. Y quiero sentir otra vez los aromas de la primavera recién brotada, mientras me acuerdo de él y noto el hueco de su ausencia, viéndome sola en el espejo del lago que se remansa en la Ciudad Ducal, donde también se estremecen y tiemblan los árboles de sus orillas ya rebosantes de savia nueva.

Y allí, en aquellos paisajes de bosque y piedra, recordaré ese último cuento que me escribió en su carta de despedida, en el que narra la historia de un jardinero que oía las sílabas de los nombres en el rumor del agua que taja, con su cauces de cristales y frescor, los paisajes de Las Navas del Marqués, o los humedece con los chorros de sus fuentes incesantes.

Era la historia inventada de un hombre que durante mucho tiempo se dedicó a conducir el agua, a manejarla, a dosificarla y esparcirla con las dosis

adecuadas por la Ciudad Ducal y otros jardines de esta localidad que se acurruca junto a la Sierra. De esta forma llegó a dominar su fuerza, sus inercias y sus ruidos; y diseñó conducciones, veneros y fuentes que concebía como las venas que llevaban la vida a los jardines de exuberancia floral que él creaba.

Era un hombre al que le obsesionaba el fragor del agua, con su capacidad para tajar la tierra y la piedra, como hacían los arroyos y regueros que bajaban de la montaña, abriendo sus cauces sobre el granito con paciencia de siglos.

Estuvo muchos años observando las aguas, para después aprender a conducir las por sus oasis de verdor y umbría, donde brotaban las plantas y las flores con fuerza de selva virgen.

También le gustaba pasear por el pueblo y sus entornos, y adentrarse en la sierra, para oír el rumor de los arroyos, y observar el color de sus aguas, que a veces cambian de tonalidades y texturas con el paso de las estaciones; con las lluvias que arrastran la tierra y la enturbian con barros púrpuras; o con la llegada de otras aguas más altas que las enfrían y tornan en un cristal donde espejean las siluetas de los pinos y los robles; o con las sequías de algunos veranos que las esquilman y dejan los cauces enjutos bajo el sol de agosto.

Pero en el pensamiento de aquel jardinero no estaban sólo las fiebres y fantasías acuáticas, sino que bullía también el amor apasionado que sentía por una mujer, inaccesible para él, y a quien veía pasear por la Ciudad Ducal cada vez que ella volvía a la casa que tenía en esta urbanización donde los árboles y el agua adquieren una calidad de paraíso terrenal.

Aquel jardinero se quedó atrapado por una intensa y profunda pasión por aquella mujer misteriosa y distinguida, siempre alejada y distante, cuando la veía pasear sola junto al lago y el embarcadero. En ese paraje él la imaginaba como una ninfa emergida de las profundidades de aquellas aguas donde se reflejaba su silueta.

Su obsesión por los sonidos del agua le llevó a aquel hombre a buscar corrientes y fuentes por otras zonas del pueblo y del entorno serrano, para escuchar los rumores de sus roces, mientras corría, o chocaba contra la piedra, al caer de los chorros o caños y romperse en infinitas gotas como chispas transparentes en un fuego de artificios liliputiense.

El jardinero estaba convencido de que el rumor del agua tenía poderes relajantes sobre las personas, e incluso hablaba del efecto fuente, del bienestar que aporta la humedad en el aire, que facilita la respiración y amplía las ilusiones de felicidad. Sostenía que las fuentes y los manantiales hacen que las cosas fluyan mejor, porque el sonido del agua acaba penetrando en el espíritu, y el rumor de su fluir es embebido por el alma y la nutre de los más profundos sentimientos.

Para saciar su pasión, además de la observación directa en los paisajes serranos de Las Navas del Marqués, se adentró en múltiples lecturas, donde descubrió que la Física lo explica todo. Y supo que la ciencia ya había demostrado por qué las personas sienten un mayor bienestar y más energía cuando están en lugares donde hay fuentes de agua. No es sólo porque allí la temperatura es más baja, sino porque el agua se rompe en pequeñas gotas, y éstas, al chocar con el suelo, vuelven a romperse. Las gotas grandes adquieren carga positiva, y caen por el efecto de la gravedad. Pero las

pequeñas adquieren carga negativa, y, debido a su ligereza, se mezclan con el aire y se transforman en vapor. De modo que las personas que están cerca de una fuente o de una corriente respiran esa mezcla de aire y agua que les produce bienestar y una sensación de inminente felicidad, como un presagio de bonanza en la vida, que después, ya en terrenos secos, se diluye en la aridez cotidiana de la realidad.

Con sus observaciones y lecturas, aquel jardinero apasionado también descubrió cómo se pueden modular la intensidad y el caudal de las corrientes y de los chorros en una fuente, al igual que se modula el aire que corre por un instrumento musical, para producir, de esta forma, rumores que humedecen y remueven las emociones.

Por eso, trabajó en algunos jardines de las villas y chalets de Las Navas del Marqués, y sobre todo en la Ciudad Ducal, para construir fuentes y regueros que atrajeran a los enamorados, con un sonido húmedo y suave que concitaba a los roces de la piel y a la profusión de las caricias. Y otras con chorros rotos contra la piedra donde les gustaba a los más viejos sentarse a descansar de la vida y a soñar en pretérito con ilusiones que nunca se cumplirían porque al futuro ya lo había devorado el paso de los años. Y fuentes cantarinas junto a las que les gustaba jugar a los niños. Y algunas ruidosas en jardines grandes y concurridos, donde el escándalo de sus caños generosos vertían chorros sonoros contra metales y cristales encendidos con neones cambiando al ritmo de músicas y fiestas. Y también algunas pequeñas en jardines íntimos para sentir más intensamente soledades y tristezas.

Aunque al jardinero lo que más le gustaba era construir fuentes para enamorar, capaces de reproducir un rumor que excitaba y relajaba, que calaba

y humedecía las entrañas, que mojaba la piel y la abría a los deseos más íntimos.

Y al final, aquel jardinero enamorado también se convenció de que había fuentes en las que, escuchando con atención, se oían las sílabas de los nombres.

Una de sus obras más complejas fue el diseño de una hermosa fontana en un jardín privado de la Ciudad Ducal, un venero hecho de piedras, chorros laberínticos y con un estanque pequeño de nenúfares y aguas verdes. Un invento sonoro de donde salía el agua por tres caños desacompañados y con distintos caudales que después removían un molino y eran levantados por un artilugio similar al de una noria. Conductos temporalizados para verter sus chorros uno detrás de otro, lanzándolos contra el estanque verde de los nenúfares mientras, si se escuchaba con atención, se podía percibir cómo sonaban las sílabas de un nombre, el de una mujer a quien su amante llevaba a aquel jardín para que oyera los rumores de una humedad sonora que calaba hasta las simas más profundas de la pasión y el deseo.

Aunque donde puso más entusiasmo fue en la construcción de un sistema de riego para una zona ajardinada de la Ciudad Ducal, junto al lago, donde tiemblan los árboles sobre sus aguas claras y quietas. En aquel diseño hidráulico el jardinero profundizó en el rumor del agua como nadie lo había hecho hasta entonces. Se sumergió en su lenguaje, en los procesos que transforman su roce en música y palabras. Y cuando, como un lutier de fuentes, consideró que había conseguido los sonidos que le obsesionaban, se atrevió a invitar una tarde a la mujer de sus sueños a que conociera aquel lugar. Y cuando estaban allí, juntos, tembloroso se arrimó a ella y le dijo que

escuchara en aquellos rumores las sílabas que él pronunciaba junto a su oído; aquel nombre que siempre llevaba incrustado en su memoria, y que en esos momentos oían los dos como una música acuática que les embriagaba y arrastraba hacia la más húmeda y ardiente de las pasiones.

Desde entonces, en sus memorias quedaron para siempre inoculados los recuerdos de aquella tarde de amor compartido, la memoria de los sonidos del agua, en que se oían las sílabas de una pasión al fin saciada.

Ésta es la historia que él me contó en su carta de despedida, el cuento que se inventó para decirme adiós. Y a mí, ahora, sólo me queda esperar a la próxima primavera para volver a Las Navas del Marqués, a sentir la sal de su ausencia en las llagas de mi memoria, mientras escucho en el rumor del agua, que brota y discurre por este paraje de pinares y granito, las sílabas de su nombre.